



<http://dx.doi.org/10.15446/ideasyvalores.v66n164.64873>

BAUDIO A PROPÓSITO DE MONTAIGNE INTRODUCCIÓN

SALOMÓN VERHELST MONTENEGRO

TRADUCCIÓN

Universidad Nacional de Colombia - Bogotá - Colombia

sverhelstm@unal.edu.co

VICENTE RAGA ROSALENY

TRADUCCIÓN

Universidad de Antioquia - Medellín - Colombia

vicente.raga@udea.edu.co

Dominique Baudier, más conocido como Dominicus Baudius (o Baudio en español), nació en el seno de una familia protestante en 1561, en la ciudad de Lille, que por aquel entonces formaba parte de los Países Bajos, y murió en Leiden en 1613. En la universidad de esa última ciudad, este flamenco se educaría siguiendo la estela de uno de los humanistas más destacados de su tiempo, el neoestoico Justo Lipsio (1547-1606), con un pequeño intermedio de formación teológica cerca de Teodoro de Beza (1519-1605), el gran humanista y teólogo calvinista, en Ginebra, Suiza.

Tras la culminación de sus estudios, cabe destacar una larga estancia de diez años en Francia, donde entraría en contacto con el galicanismo, esto es, con las corrientes disidentes del catolicismo francés, así como, desde una perspectiva literaria, con la poesía francesa de la Pléyade. Finalmente, desde 1602 hasta su muerte, este humanista ocuparía diversos cargos docentes, como profesor de retórica, derecho e historia en su *alma mater* de Leiden, además de cultivar la poesía en latín bajo la influencia, entre otros, de Lipsio y Erasmo de Rotterdam (1466-1536) (*cf.* Saulnier 1945).



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License.

El interés de Baudio por la obra de Michel de Montaigne (1533-1592), *Los ensayos*, se enmarca precisamente en el contexto de la recepción de la poesía francesa de la época en los Países Bajos y de la cercanía discipular de aquel al maestro Lipsio, amigo personal y gran lector de Montaigne. Dos son los textos que testimonian este interés de Baudio por la obra del escritor francés: por una parte, una carta programática, fechada en abril de 1588, que encabeza la edición de los *Poemata* de su amigo Adriaan van Blijenburg (1532-1582), donde Baudio defiende el valor y la dignidad de la poesía (cf. Millet 2007 119). Por otra parte, un poema sin fecha dedicado a Marie de Gournay (1565-1645), hija de alianza o heredera intelectual de Montaigne, quien, a petición de su viuda, realizaría la muy influyente edición póstuma de *Los ensayos* de 1595. El poema, en el que Baudio elogia a la editora de la obra de Montaigne y hace eco del prefacio de esta en defensa del autor francés, lo publicó en sus propios *Poemata* de 1607 y le añadió un apéndice en prosa, donde hizo un comentario apologético sobre la forma y el fondo de *Los ensayos* (cf. Millet 1995 151-158). Ambos textos, el poema y su apéndice en prosa, se traducen y ofrecen por primera vez en español, tras esta breve introducción sobre su contexto.

Por lo que respecta al primer texto, la epístola que antecede a los poemas de Blijenburg, trata de mostrar la utilidad de los versos en el dominio de la política; para ello, Baudio recuerda, entre otros, al fenecido Étienne de la Boétie (1530-1563). Este destacado pensador político, empleado de manera polémica en el campo protestante (bien conocido es el uso por parte de los hugonotes de su famoso *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*, para atacar a la monarquía católica francesa) había sido amigo íntimo de Montaigne. Con la temprana muerte de La Boétie, Montaigne, quien dejó un estremecedor testimonio de este acontecimiento (cf. 1962), tomó a cargo el cuidado de la memoria del “hermano” perdido, y editó sus poemas latinos y franceses, sus traducciones y diversos escritos (hay que señalar que probablemente ese inesperado deceso estuvo detrás del inicio de la escritura de *Los ensayos*, en los que, en un primer momento, Montaigne buscó conservar la imagen del amigo desaparecido).

La Boétie, magistrado y poeta, había sido, pues, cuidadosamente homenajeado por Montaigne, al que, como menciona Baudio, nada menos que Justo Lipsio llamaba el “Tales francés” (cf. Blijenburg 1588 55), apodándolo de la misma manera como con él lo hacían sus contemporáneos (el “Tales de los Países Bajos”). Con ello se evidencian varias cosas: primero, que Baudio conocía a Montaigne gracias a la difusión de su obra llevada a cabo por Lipsio (cf. Magnien 1996 428); segundo, que la dedicación a las musas y a la vida pública de La Boétie (y, en menor medida, de Montaigne) era un reflejo de lo que constituía el ideal de vida

del discípulo de Justo Lipsio, y de ahí la relevancia que tiene el pensador francés en su epístola programática; tercero y último, que el rechazo a la servidumbre voluntaria que caracterizó el pensamiento político del joven Étienne de la Boétie era asumido como un programa válido para la causa protestante en los Países Bajos. Y, en ese sentido, su heterodoxia, como la del también católico y, hasta cierto punto, complaciente con la monarquía, Montaigne, resultaban inspiradoras (aunque con la mención elogiosa a Montaigne también se deja ver que Baudio hace caso omiso de las evidentes críticas y oposición del perigordino a las innovaciones protestantes en *Los ensayos*).

En cuanto al segundo texto, en el que se manifiesta la recepción de la obra de Montaigne, esto es, el poema dedicado a Marie de Gournay y su apéndice en prosa (cf. Bavdius 1640), ha de leerse en el seno de un importante debate entre dos estilos de escritura latina, el ciceroniano y el senequista (cf. Millet 1995). Siguiendo a Erasmo, y en la línea del propio Montaigne, así como de Lipsio, para Baudio, el autor que hace gala de un latín ciceroniano, se estaría plegando a una retórica escolar y conformista. Frente a esto, y sin llegar al senequismo que sus críticos achacan a Justo Lipsio, Baudio optaría por una vía intermedia, buscando una expresión más directa y natural, sin dejar de lado, tanto en prosa como en poesía, el tratamiento de temas sustanciales.

Tal concepción de la poesía, de la que Baudio es explícito defensor, la encuentra también en la elocuencia de los escritos de Montaigne, que abogan asimismo por la verdad y la fuerza de un estilo que vaya ligado al temperamento personal de cada autor. La admiración de Baudio por la obra de Montaigne, como en el caso de la de Lipsio, es tal que, en consideración del elevado genio de ambos humanistas, permite pasar por encima de sus respectivos defectos y debilidades.

Sin embargo, como sucedía en el caso del primer texto, donde el elogio de Montaigne se realizaba al precio de desconocer las posiciones políticas de este, explícitamente antirreformistas, en este caso la fascinación por la retórica desinhibida y “adulta” de *Los ensayos* pasa por alto lo que, para nosotros, hoy en día resulta más novedoso y perdurable en Montaigne. Así, es en las veladas referencias a los defectos de estilo y de contenido presentes en el comentario de Baudio, donde se evidencia que este desconoció la importancia del yo emergente en el autorretrato de *Los ensayos*, y su vínculo con un estilo que toma su fuerza de los antiguos, pero para mejor mostrarse en aquello que ya es plenamente moderno. La influencia de Montaigne en Baudio sería, en ese sentido, tan limitada y su recepción tan parcial que, aunque fuera de los primeros humanistas en notar la heterodoxia del autor francés, no pudo ubicar su novedad en el panorama del pensamiento de su tiempo, ni avizorar la importancia filosófica de esta obra para las generaciones venideras.

En suma, aunque en los breves textos de Baudio, que ahora traducimos, aparece una de las primeras valoraciones de la obra de Montaigne atentas a su carácter heterodoxo, el autor no llega a profundizar plenamente en su novedad y aportes filosóficamente más significativos. Ciertamente, en *Los ensayos*, Dominicus Baudius encuentra un eco de su aprecio por la libertad (política e individual), sirviéndole sobre todo la franqueza del perigordino como modelo para su propio estilo poético. Así mismo, siguiendo en esto a Lipsio, predomina en su valoración la dimensión moralizante, de corte estoico, que sin duda está presente en muchos de *Los ensayos* de este “Tales francés”. Pero, tanto en su elogio de la ética estoica, como en el aprecio por la elocuencia personal y moderna, de corte erasmiano, presentes en la obra de Michel de Montaigne, Baudio tiene más en cuenta los elementos tópicos y superficiales, que aquellos que verdaderamente cimentarían la merecida fama del pensador francés (entendidos aquí como audacias y licencias, o defectos, disculpables por la talla intelectual del homenajead autor, a cuya defensa se suma Baudio, siguiendo el ejemplo de Marie de Gournay).

A su vez, respecto a la recepción en español del poema y del apéndice en prosa de Baudio, sabemos que el licenciado Diego de Cisneros lo menciona en términos poco elogiosos en su *Discurso del traductor cerca de la persona del señor de Montaña*, el cual antecede su traducción del primer libro de *Los Ensayos* (intitulada: “Experiencias y varios discursos de Miguel de Montaña”) y que fue compuesto en Madrid, hacia 1637. En este texto, que pretende ser una valoración de la religiosidad de la persona, doctrina y estilo del señor de la Montaña, y que termina siendo, al mismo tiempo, un elogio y una condena, se opone tanto a la defensa de Marie de Gournay, como a la de Baudio, haciéndoles algunas concesiones. No sabemos si Diego de Cisneros leyó directamente a Baudio –Marichal cree que no, que es lo más probable (cf. 1952 271)–; quizá simplemente supiera de él, por la referencia que aparece en la prefación apologetica de Gournay. Por lo cual su referencia estaría mediada por el texto de la prestigiosa dama, y solo podría entenderse en relación con él.

En dicho prefacio, la dama se refiere a que se ha encontrado con dos o tres nuevas objeciones contra su padre espiritual, por parte de Baudio, autor que ella respeta por su ingenio y por obligación, pues él la había honrado con elogios –aquí hace referencia tanto al poema (elogios), como a la nota en prosa (objeciones)–. En primer lugar, Baudio desmiente a Montaigne, porque se queja de su flaca memoria, cuando no la tiene tal. En segundo lugar, lo acusa de vanidad, por aquello de que no podía retener los nombres propios de sus familiares, sino los de su nación. En tercer lugar, si bien el Montano domina las metáforas, se deja llevar por la licencia, a la manera de los grandes oradores. En

cuarto lugar, le hace querella de que reputa la ciencia como indigna de su nobleza, porque en diversos lugares predica su ignorancia. Y, en último lugar, Baudio sugiere que algunos pasajes de *Los ensayos* contra la religión deben ser borrados.

En su prefacio, la dama responde a cada una de estas objeciones. A la última, que es la de nuestro interés, pues es en la que se detendrá Cisneros, responde Gournay:

Baudio [...] debía notar, en que consistían estos lugares contra la misma Religion, que dize merecen ser borrados de nuestras Experiencias [hace referencia a *Los ensayos*] [...]. Mas como es mucha verdad, que siendo este libro enemigo professo de la Huquenoteria, quanto mas le accusa en el articulo de la Religion Baudio Huguenote, tanto mas engradece su triumpho, y le declara digno de alabanza en la misma materia. (Miguel de Montaña 18r)

Cisneros se opondrá a la idea de Gournay, de que *Los ensayos* son enemigos profesos de la herejía (huguenotería), pues, para el licenciado, estos más bien proponen y enseñan los fundamentos principales de ella; sin embargo, estará de acuerdo en la discreción de esta dama al solicitarle a Baudio que aclare qué lugares de *Los ensayos* deberían ser eliminados. En efecto, coincide con Baudio en que deben ser borrados algunos pasajes, pero los que Cisneros habría de anotar serán muy diferentes de los de Baudio, porque este profesa en Holanda la herejía y Cisneros en España la “verdadera religión”:

Y dixo bien Baudio, que ay algunos lugares en estos libros, que merecen ser borrados, si bien no seran los mismos estos, que notò Baudio, y los que yo he notado, porque Baudio professa en Holanda la Heregia, y yo en España [donde nació] La Religion Catholica Romana. Por donde advierto la discrecion desta Dama, en dezir à Baudio, que debia notar en que consistian estos lugares, que hallaba en estos libros contra la misma Religion, y que merecen ser [Fol. 31v] borrados dellos. Porque declarandose Baudio en esta materia, si los lugares notados fuesen contra la Religion Catholica, hazia contra si, pues debia alabar, lo que es contra la Religion, que el impugna. Y si estos lugares fuesen contra la Heregia, no los debia imputar contra un escriptor enemigo, si ella tenia por Catholico, o sabia que lo era; de manera que en este caso, antes engrandece Baudio la gloria del Señor de Montaña, y lo declara por mas digno de alabanza entre los Catholicos, en la misma materia, que pretende desacreditarle, o infamarle. (Miguel de Montaña 30r-31v)

Entonces, Cisneros, con el fin de satisfacer a Gournay y a los lectores, procura hacer lo que no hizo Baudio: anotar los puntos contrarios a la religión en *Los ensayos*. A lo que dedicará buena parte de su *Discurso*.

En conclusión, pues, podemos decir que los textos que ahora vertemos al castellano resultan interesantes por sí mismos, en cuanto son ejemplo paradigmático de lo que fue la primera recepción de *Los ensayos* de Montaigne en la Europa renacentista, y especialmente en el contexto de las luchas de religión. Pero además iluminan de manera muy interesante el trasfondo de la recepción inicial de la obra del pensador francés en lengua española. Como es bien sabido, *Los ensayos* de Montaigne, tras algunos intentos iniciales (el más completo de ellos, el del mencionado Diego de Cisneros, que llegó a verter al español el primer volumen de la obra), quedaron sin traducir a nuestro idioma hasta finales del siglo XIX. La censura eclesiástica y la inclusión de la obra de Montaigne en el índice de la Inquisición son la causa manifiesta; pero la valoración de Budio y, en última instancia, la del propio Cisneros, pueden darnos algunas claves no evidentes de tan desafortunada prohibición. En ese sentido, la traducción que ofrecemos aquí contribuye a esclarecer un episodio del borrascoso entorno en el que emergió el moderno pensamiento occidental, del que todavía somos deudores y con el que aún podemos entrar en diálogo.